

Prólogo

En el principio de este libro, como en el de la filosofía, están los griegos, ese pueblo mediterráneo que movido por la curiosidad se atrevió a preguntarse por todo, desde el origen del universo hasta la organización de la sociedad y la existencia de los dioses. Los fragmentos de los presocráticos, los primeros filósofos, me parecieron hace medio siglo, y me siguen pareciendo hoy, la mejor introducción al pensamiento filosófico. Como escribió con entusiasmo Hölderlin, “nada hay en el extranjero que ame tanto/ como esta tierra donde duermen los hijos/ de los dioses, el país en duelo de los griegos/... donde Sócrates conquistaba los corazones/ y mi Platón forjaba paraísos”.

Y al final del libro aparece Bertrand Russell, un hombre menudo e inquieto, aristócrata rebelde e incansable hombre de ciencia, que pasó toda su vida intentando hacer avanzar el conocimiento y crear un mundo mejor.

Entre el griego Aristóteles y el inglés Russell se entremezclan en estas páginas un teólogo italiano de mente profunda (Tomás de Aquino), un filósofo alemán de anodina biografía y revolucionario pensamiento (Kant), un poeta romano heredero del materialismo griego (Lucrecio), un ilustrado judío cordobés cuyo legado perdura (Maimónides), un escritor barroco de aguda pluma (Gracián), un sabio andalusí de fecunda huella (Averroes), un pensador marxista que desde la cárcel abrió nuevos horizontes a la cultura europea (Gramsci) y un poeta español que además de poemas inolvidables reelaboró el pensamiento humanista anclándolo no en el individuo sino en el pueblo (Antonio Machado).

Claro es que a esta serie de ilustres nombres corresponde una variedad de temas que me parecían dignos de interés y merecedores de un nuevo enfoque hermenéutico. Así, por ejemplo, la *melancolía*, apuntada por Aristóteles, reelaborada por el gran médico

Galeno y asumida como argumento recurrente en la literatura antigua y moderna; *la divinidad*, bien desde la perspectiva epicúrea de Lucrecio o desde el problemático enfoque kantiano de la demostración de la existencia de Dios; *el estado* y su estructura desde dos ángulos distintos, el del filósofo del islam oriental Al-Farabi y el del teólogo cristiano por excelencia, Tomás de Aquino; *el intelecto* o *mente* en el enfoque innovador de Averroes que recuperó y amplió la Psicología aristotélica; *la crítica teórica y política* a través de los escritos de Gracián, de tres destacados pensadores árabes contemporáneos desconocidos por la mayoría de los lectores, y del influyente intelectual Adolfo Sánchez Vázquez, símbolo del exilio republicano español; y *la guerra*, materia permanente de reflexión y de compromiso social en Bertrand Russell, y de cuyo trágico episodio con la invasión de Iraq me hago eco en un artículo.

Expondré con brevedad cuál es mi concepción de la historia de la filosofía. El método historiográfico que he aplicado en mis trabajos concede el máximo relieve al elemento especulativo. Prioridad, pues, para el concepto. Pero sin llegar a considerarlo como autónomo, ni transmutarlo tampoco en terminología. Al margen de la historia real, sin raíces en el suelo de una tradición y de una cultura concreta, resultaría imposible que naciera filosofía alguna por especulativa que fuera.

Considero las filosofías del pasado no como sistemas monolíticos dogmáticamente formulados de una vez por todas, sino como *pensamiento en desarrollo*. Pues en contra de toda idílica reconstrucción historiográfica, la contribución efectiva de cada filósofo, antiguo o moderno, idealista o materialista, encierra en sí un contradictorio proceso intelectual en el que la asimilación crítica de la tradición se funde con una lenta y en ocasiones vacilante conquista de nuevos conceptos y teorías.

Es menester, pues, saber justificar las teorías del pasado. Si sólo nos limitamos a refutar, imposibilitaríamos con nuestro dogmatismo la comprensión de su lógica interna por la cual distinguimos un verdadero sistema de pensamiento de una acumulación más o menos arbitraria de opiniones. Como escribió Hegel en su *Introducción a la Historia de la Filosofía*, “conocer la verdad de

los sistemas filosóficos es lo más difícil, y solamente si se ha justificado la filosofía en sí misma, se puede hablar de sus límites, de su limitación” (traducción de Eloy Terrón).

Nuevos y diversos trabajos histórico-filológicos aparecen ya inaplazables para el historiador de la filosofía ante quien se abre un horizonte hermenéutico radicalmente original. Esta compleja reconstrucción obligará a recuperar textos que se creían perdidos (muchas veces ocultados por la censura de su tiempo), a recrear el mundo histórico concreto en cuyo seno germinó una filosofía lejana en el tiempo, y también y sobre todo a saber iluminar con nueva luz los viejos problemas.

La ausencia de prejuicios a la hora de valorar una filosofía debe prevalecer siempre en la labor historiográfica si no se quiere caer en la unilateralidad y el subjetivismo. No basta con leer y anotar, necesitamos también profundizar en el texto, pensar por uno mismo, reflexionar, distinguir y criticar para captar el hilo conductor y sacar a la luz su riqueza teórica. Por otra parte, nuestra actitud a la hora de exponer una filosofía no debe ser apologética ni de sistemática refutación sino de diálogo cordial en el terreno común de las ideas.

Volvamos al presente libro. Algunos trabajos son fruto de peticiones concretas de colegas e instituciones para trazar un perfil biográfico (Ibn Gabirol, Maimónides, Sánchez Vázquez y mi maestro Isidoro Requena) o para recuperar el mundo de ideas de un período histórico (como la Filosofía Helenística). De ahí la brevedad de algunos de ellos. Otros reproducen mis comunicaciones en congresos y mis conferencias en cursos.

Como en otras ocasiones, y escarmentado de la mediocre enseñanza que recibí en la universidad con sus grises manuales y apuntes, he desechado toda tentación de redactar un manual: de ahí la buscada diversidad de temas y autores. Al mismo tiempo, he rechazado los tópicos al uso que se mantienen todavía en red o en papel, en enciclopedias y diccionarios, procurando siempre interpretar *sine ira et studio* el pensamiento de un autor a partir de las fuentes textuales, sin enredarme en la maraña de la bibliografía secundaria

que aleja, más que acerca, la comprensión de los problemas filosóficos. Algunos ejemplos de un nuevo enfoque, lejos del camino trillado de la tradición, pueden verse en mi interpretación de la política en Tomás de Aquino (tema casi tabú en la escolástica), del antimaquavelismo de Gracián (habitualmente pintado como jesuita fiel a la ortodoxia y no como crítico de su mundo) y de la noética de Averroes (interpretada habitualmente a través de sus detractores más que en sus propios textos), así como en la reivindicación de Antonio Machado como pensador original (algo que no supo o quiso ver ni la crítica literaria ni los defensores del elitismo cultural).

Alguna vez he soñado qué habría sido de mi generación si hubiéramos tenido como maestros, entre otros, a José Gaos, Xavier Zubiri, Ortega y Gasset, María Zambrano, Américo Castro, Joaquín Xirau y José Moreno Villa, en lugar de haber sido adoctrinados por una negra nube de oscuros funcionarios, en su mayoría clericales de todo color crecidos académicamente en el ambiente inquisitorial de la represión política e ideológica de postguerra, pues como ha escrito el historiador Jaume Claret Miranda en su trabajo *Cuando las cátedras eran trincheras* “las vacantes [de la depuración] se convirtieron en botín de guerra de los adictos [al Régimen franquista]”.

Cuando me desperté del sueño lamentando nuestro triste destino como escribiera en memorables versos Luis Cernuda, me consoló este pensamiento: a pesar de todo, rompimos con el nacionalcatolicismo y su degradada versión neoescolástica en el terreno ideológico, y con el franquismo en política (salvo una escasísima pero influyente minoría que se mantiene en su Montejurra particular conservando las “esencias patrias”, el “espíritu de Reconquista” y de paso su privilegiado puesto en el escalafón administrativo).

Lejos de ese neofranquismo político y cultural que todavía contaminaba el aire en la península aunque a veces rociado de perfume neoliberal, me he sentido vinculado intelectualmente con nuestros filósofos del exilio exterior (como José Gaos, Joaquín Xirau, María Zambrano, Eugenio Ímaz, José Ferrater Mora, Juan David García Bacca y Adolfo Sánchez Vázquez) y del exilio interior (Xavier Zubiri, Manuel Sacristán, José Luis Aranguren, José María Valverde, Javier Muguerza y Eloy Terrón).

Huyendo de la autarquía de otros tiempos (aquí también funcionó el «gasógeno cultural» que hacía pasar por eminencias intelectuales a verdaderos zoquetes), desde hace años he prestado oído atento a las publicaciones de mis colegas extranjeros que tenían el reloj filosófico más en hora que nosotros. ¡Cuánto he aprendido de la prosa didáctica de los estudiosos británicos, de la sabiduría de los helenistas italianos, del *esprit de finesse* de los ensayistas franceses, de la erudición de los viejos sabios alemanes! También ha sido reconfortante sentir el calor solidario y la proximidad de ideas con mis colegas europeos y americanos en congresos internacionales en los que, gracias a mi universidad, pude participar.

Los artículos que componen este libro son el fruto de un largo y sostenido trabajo de investigación. El más antiguo de ellos, sobre Antonio Machado, se publicó en la revista *Analecta Malacitana* de mi antigua Facultad de Filosofía y Letras de Málaga en 1980, es decir, hace casi 40 años. El más reciente, sobre Bertrand Russell, acabo de redactarlo pasando a limpio y ampliando el borrador de unas lejanas conferencias en Lanzarote y Ávila. Algunos de esos textos fueron presentados en congresos internacionales, como el de Tomás de Aquino en Ottawa (muy elogiado, por cierto, por el catedrático de la Sorbona Maurice de Gandillac), el de la cultura integral de Gramsci en Barcelona y el de Lucrecio en Nápoles ante una amplia representación de estudiosos sobre el epicureísmo.

En ese arco de tiempo mi labor docente en la universidad de Málaga y más tarde en la UNED me ha exigido aprender mucho, estudiar nuevas materias y descubrir autores ignorados antes por mí, manejar y traducir textos clásicos antiguos y modernos, documentarme adecuadamente mediante el manejo de la mejor bibliografía disponible. Se ha unido, pues, la básica tarea de enseñar con el necesario trabajo de investigación sin el cual habría acabado dando vueltas a la noria de lo ya conocido.

Esa cosecha de trabajos y años es la que ahora presento en forma de libro. A semejanza de los mosaicos romanos que todavía admiramos en museos y sitios arqueológicos, he reunido agrupándolos en épocas históricas esos dispersos artículos con la pretensión

de que formen un conjunto filosófico aunque, como en las teselas, cada elemento tenga su propio color y dibujo. No intento competir en arte y talento con los antiguos romanos cuyas obras son modelo de perennidad en el tiempo. Sólo me conformo con imitar su técnica de agrupar en una totalidad historiográfica los variados elementos que produjo mi curiosidad intelectual y la demanda académica.

Por último, debo dar las gracias a algunas personas e instituciones: a la *University of London-Senate House Library*, biblioteca en la que comencé a estudiar a fondo el epicureísmo; al *Istituto Gramsci* de Roma donde preparé mi tesis doctoral sobre el gran pensador sardo; a Emilio Lledó y Celia Amorós por su cálida acogida al incorporarme al Departamento de Filosofía de la UNED; a la revista agustiniana *La Ciudad de Dios* del Real Monasterio de El Escorial por su hospitalidad al abrirme sus páginas como colaborador; al *Istituto Italiano per gli Studi Filosofici* de Nápoles en cuyos cursos tanto aprendí de filosofía griega; a la *Accademia Ambrosiana* de Milán por el honor concedido al admitirme como académico de número; a la Biblioteca Central de la UNED, joya cultural y arquitectónica en la Ciudad Universitaria de Madrid, y a la Biblioteca Islámica, auténtico Faro de Moncloa para los arabistas, por haber facilitado mis investigaciones.

Decían los griegos que carácter es destino. Cuando era estudiante, mi profesor de latín más admirado me calificaba de “hipercrítico”; mi madre, que no sabía de latines pero que me conocía a fondo, me llamaba con frecuencia “rebelde”. Pasaron los años, dejé el Sur en que nací y el mar junto al que me crié, trabajé en lo que me gustaba, la enseñanza universitaria, y escribí de lo que me atraía. En mi vida y en mis textos han tenido una permanente presencia la crítica teórica y la rebeldía social. En contra del mercantilismo imperante, no puse la vela donde soplabla el viento. Mi vocación y mi destino han sido, por el contrario, nadar a contracorriente buscando un mejor conocimiento del mundo y más solidaridad entre los humanos.

Madrid, octubre de 2018

Sobre el autor

Andrés Martínez Lorca

Catedrático de Filosofía Medieval de la UNED, en la actualidad Catedrático Emérito. Profesor de Filosofía en la Universidad de Málaga.

Académico de número de la Academia Ambrosiana de Milán (Italia).

Académico Correspondiente de las siguientes Academias: Real Academia de Córdoba (1995), Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (2010), Real Academia de la Historia (2011) y Real Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona (2014).

Miembro de la *Société Internationale pour l'Étude de la Philosophie Médiévale* (SIEPM), con sede en Lovaina (Bélgica).

Publicaciones

Tomás de Aquino, *Exposición de la Política de Aristóteles*, revisión de la traducción, prólogo, introducción y notas, Madrid, UNED, 2019.

Hacia un nuevo Averroes. Naturalismo y crítica en el pensador andalusí que revolucionó Europa, Madrid, UNED, 2017.

La filosofía en Al-Andalus, ed., Córdoba, Editorial Almuzara, 2017.

La filosofía Medieval. De al-Farabi a Ockham, Barcelona, Editorial Batiscafo, 2015 (traducido al italiano y al portugués).

Averroes, el sabio cordobés que iluminó Europa, Córdoba, Editorial Utopía Libros, 2015, 4ª ed.

Introducción a la filosofía medieval, Madrid, Alianza Editorial, 2011, 2ª reimpresión.

Maestros de Occidente. Estudios sobre el pensamiento andalusí, Madrid, Editorial Trotta, 2007.

Averroes, *Sobre el intelecto*, edición e introducción, Madrid, Editorial Trotta, 2004.